



## **Posverdad, conspiracionismo y *cancel culture*: tres grandes retos actuales que enfrenta la democracia**

Karen Entrialgo  
Departamento de Ciencias Sociales  
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

Tres fenómenos que acarrearán gran perplejidad según irrumpen en escenarios múltiples, tales como el ámbito político, los medios de comunicación, las redes sociales y la academia, parecen estar dictando las pautas de la comunicación en el mundo contemporáneo. La perplejidad radica en que estas nuevas "pautas de la comunicación" tienen el efecto de desvanecer las condiciones de posibilidad de la comunicación misma. La situación inédita que introducen la posverdad, el conspiracionismo contemporáneo y el llamado "cancel culture" ha tornado irrelevantes las consideraciones que, en el terreno de la comunicación, habían aperturado el giro lingüístico. Poco importa ahora de dónde partamos para hablar de comunicación – que asumamos la ideología comunicacional de la palabra plena o que partamos del psicoanálisis y aceptemos que el sistema de signos que es el lenguaje siempre está en falta de un significante para completarse; esto es, que nos situemos pre o pos giro lingüístico no cambia el hecho de que lo que está en juego ahora no es tanto la conceptualización que hagamos del dinamismo que da lugar a los procesos de significación, sino la desactivación del proceso mismo de producción de significaciones. Asistimos a un fenómeno sin precedentes en el que los referentes (tanto espaciales como temporales) que permitían designar lugares de enunciación, problematizar entendidos, deconstruir discursos, construir nuevos sentidos y encaminar el acto de la elección (tantos asuntos que asociábamos con lo político en democracia) se nos presentan ahora natimueertos, pues neutralizados en su capacidad de producir una significación que se sostenga lo suficiente en el tiempo para alcanzar un mínimo de sentido que oriente la acción o un mínimo de ilusión de *común*-icación (comunidad/co-



inmunidad). La modalidad a-semántica que ha adoptado la palabra explicaría mucho de la escasez de ingredientes para el pensamiento, la ética y el acto creativo, tanto en arte como en política. Si nos fijamos, son también éstos los ingredientes de la subjetividad. De modo que, palabra y subjetividad, dos asuntos que solíamos atribuirle a la figura del ciudadano; es decir, que solíamos asociar con la ciudadanía democrática, agonizan hoy a golpe de mutaciones cuyos rasgos apenas se empiezan a dibujar.

En lo que sigue, quisiera compartir los lineamientos generales de una investigación en torno a los retos actuales de la democracia que tome en cuenta la singularidad y el carácter inédito de lo que está en juego con las transformaciones ocurridas en los últimos 15 años.

Hace al menos cuatro décadas que Jean Baudrillard declaró, en un gesto genial de anticipación, la muerte del sujeto.<sup>1</sup> Sostengo que nos conviene asumir que ese deceso tuvo lugar, de modo que podamos esforzarnos en rastrear lo que hoy adviene en su lugar. Esto supone reconocer el carácter histórico de la categoría de sujeto - algo que, a menudo, el psicoanálisis contemporáneo se resiste a hacer - y proceder al ejercicio de su historización. Una aportación en ese sentido la encontrábamos ya en un ensayo de 1994 escrito por Etienne Balibar, "*Sujeción y subjetivación*". En ese texto, Balibar examinaba el vínculo entre ciudadanía y subjetividad, con las revoluciones democráticas, y postulaba la unidad originaria entre ontología, política y antropología.<sup>2</sup> En un segundo momento, habría que atender las consecuencias que tiene, para la democracia, lo que Jean Baudrillard anticipó como la desaparición del sujeto. En la estela de sus preocupaciones sobre la « muerte del signo » y en conformidad con mis trabajos sobre la

---

<sup>1</sup> Ya en *Las estrategias fatales* (1983), Baudrillard daba cuenta de cómo la posición de sujeto había devenido insostenible. En *El pacto de lucidez o la inteligencia del Mal* (2004), sus observaciones sobre la desaparición del sujeto se encuentran mejor reunidas y explicitadas.

<sup>2</sup> "Subjection and Subjectivation" en Joan Copjec, ed. *Supposing the Subject*, Verso, 1994.



inoperancia del lenguaje significante, se trataría de analizar la posverdad, el conspiracionismo y el *cancel culture*, no sólo en tanto retos que hoy enfrenta la democracia, sino en tanto síntomas del triunfo de la tecnocracia. El que cada vez más se privilegien los sistemas de cálculo de riesgo y especulación para la toma de decisiones, es decir, la primacía de los algoritmos en detrimento de la subjetividad, ha dejado al sujeto en un estado comatoso y a la democracia a la merced del parloteo, la desorientación y la estulticia.

Por un lado, el fenómeno contemporáneo de la posverdad nos reta a asumir responsabilidad, si no por la deriva que fueron adoptando nuestros argumentos deconstruccionistas respecto a la objetividad, al menos por el estado de abandono en el que dejamos la discusión sobre la ciencia. Por otro lado, la intensificación en los últimos años de teorías conspiracionistas nos fuerza a interrogarnos sobre los efectos del debilitamiento de lo simbólico y la ruptura del lazo social en lo político: una anti-narrativa y un anti-proyecto que se esconden, por un lado, tras el rumor elevado al rango de teoría y, por el otro, tras la desconfianza cultivada en tanto elemento unificador.

Puesto que es el espacio virtual de internet y las redes sociales el que mejor promueve y facilita, mediante la opción « compartir » en un click, la circulación rápida e inmediata de los hechos alternativos de la posverdad y el conspiracionismo, el rastreo de la secuencia de desplazamientos que ha sufrido el ciudadano no debe detenerse con el consumidor. Si la modernidad encaminó la transformación del ciudadano en consumidor, la posmodernidad la celebró y la conceptualizó para leer en ella nuevas formas de agenciamiento político.<sup>3</sup> No obstante, en la última década y media, al menos dos asuntos vaticinan una pérdida del lustre en el poder que

---

<sup>3</sup> Ver, por ejemplo, de Néstor García Canclini, *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, Gedisa, 1995.



distinguía al consumidor. Por un lado, la economía de la deuda opera, de forma intermitente, un bloqueo al consumo que pone en fila a los sectores más precarios y los va llamando, uno por uno, según les toque el turno. Por otro lado, ahora que la economía digital (algunos hablan de capitalismo de plataformas;<sup>4</sup> otros de tecnofeudalismo<sup>5</sup>) puede apropiarse de la riqueza que produce la vida de los usuarios de internet, la producción y el consumo ya no son las vedettes. A la secuencia de desplazamientos que sufre el ciudadano, habría que añadir entonces la que va del consumidor al..., ¿cómo llamarle? ¿Tuiteador, retuiteador, likeador? No disponemos aún de un término para referirnos conceptualmente a esta nueva condición ontológica, la del *ser-en-las-redes*, pero nos urge. De la palabra al click, o de la subjetividad al algoritmo; he ahí algunos elementos para entender el COD que Baudrillard escribió en el certificado de defunción del sujeto.

La suerte que ha corrido la deconstrucción de la verdad en ciencia y política había sido advertida, desde comienzos del milenio, por Bruno Latour:<sup>6</sup>

(Hablando de las controversias mantenidas artificialmente, como la del cambio climático; y a propósito de los argumentos de los climatoescépticos que cuestionan la veracidad de los datos científicos)

¿Ven por qué estoy preocupado? Yo mismo he gastado bastante tiempo tratando de mostrar la “falta de certeza científica” inherente en la construcción de los hechos. Yo mismo hice de eso un “tema principal”. Pero no buscaba engañar al público al obscurecer la certeza de un argumento concluido —¿o sí?—. He sido acusado de cometer ese pecado. Aún así, no me gustaría creer eso, por el contrario, trato de emancipar al público de los hechos prematuramente naturalizados y objetivizados. ¿Estaba en un error? ¿Han cambiado las cosas tan rápido? En tal caso, el peligro ya no vendría más de una excesiva confianza en los argumentos ideológicos que se presentan como asuntos de hecho, algo que hemos aprendido a combatir eficientemente en el pasado —sino de una excesiva desconfianza en **asuntos de hecho pertinentes** disfrazados de prejuicios ideológicos. Mientras pasamos años tratando de detectar los prejuicios reales escondidos tras la apariencia de

<sup>4</sup> Nick Srnicek, *Capitalismo de plataformas*, Caja Negra, 2018.

<sup>5</sup> Cédric Durand, *Techno-féodalisme*, Zones, 2020.

<sup>6</sup> <http://www.bruno-latour.fr/sites/default/files/89-CRITICAL-INQUIRY-GB.pdf>



declaraciones objetivas, ¿debemos ahora revelar el objetivo real y los hechos incontrovertibles escondidos tras los prejuicios de ilusión?

Mi argumento es que una cierta forma de espíritu crítico nos ha llevado por el camino incorrecto, alentándonos a pelear en contra de los enemigos incorrectos, y peor aún, a ser considerados como amigos por los aliados erróneos debido al pequeño desliz en la definición del objetivo principal. La cuestión nunca fue alejarnos de los hechos, sino acercarnos a ellos, no se trataba de pelear contra el empirismo, sino de renovarlo.

Quizás estoy tomando las teorías de la conspiración muy en serio, pero me preocupa detectar muchas de las armas de la crítica social, en aquellas extrañas mezclas de incredulidad, puntillosas solicitudes de pruebas y uso libre de explicaciones poderosas del país de Nunca Jamás. Por supuesto, las teorías empleadas son una deformación absurda de nuestros propios argumentos, no obstante, son nuestras propias armas pero contrabandeadas por el partido equivocado.

(« Why Has Critique Run out of Steam? From Matter of Fact to Matter of Concern », 2003)

Frente al trumpismo y el avance de movimientos como QAnon, estas preocupaciones no podrían conservar mayor relevancia. La solución, por supuesto, no está en rehabilitar la verdad científica como un hecho natural. Latour identifica una mutación en el modo en que la ciencia se legitima a sí misma. Si bien esto se hacía mediante la lógica bivalente verdad/falsedad, hace rato que se hace mediante una explicitación de los elementos y procedimientos que constituyen la institución científica, de modo que de lo que se trata es de confianza y no de verdad. Este desplazamiento de la verdad a la confianza me parece fundamental para atender el estado maltrecho en el que hoy se encuentra la autoridad y las consecuencias que esto tiene sobre la estructuración psíquica, la política y la producción de conocimiento. Sobre la pista de estas aportaciones de Bruno Latour, en particular su pregunta en torno a cómo hacer entrar las ciencias en democracia, se abre una vía para atender los retos que ella enfrenta.

Aquí también, un trabajo de historización se impone: regresar a examinar el lugar que ocupó la ciencia en las revoluciones democráticas, pero esta vez, sin obsesionarnos con el binomio



saber-poder. Muchas de las nuevas formas de poder político que estamos viendo emerger a lo largo y ancho del mundo –las llamadas democracias iliberales o autocracias– dan cuenta más bien de una desconexión entre saber y poder. En los populismos que las acompañan se dan cita las actitudes ciensofóbicas, el desprecio por la figura del experto y los nuevos negacionismos –como el del covid.

El trumpismo ha devenido la referencia privilegiada al momento de estudiar la génesis y el desarrollo de la posverdad, y su vínculo con el conspiracionismo contemporáneo en Estados Unidos. No obstante, la expansión en Europa de lo que ya muchos comentaristas denominan como un movimiento, QAnon, exige que examinemos la relación que guarda este fenómeno con las autocracias del siglo XXI. Sobre esto arrojan luz las tesis de Ivan Krastev y Stephen Holmes en torno a una revuelta antiliberal mundial que se habría consolidado entre 2008 y 2016.<sup>7</sup> Partiendo de los planteamientos de René Girard respecto al carácter mimético del deseo y la naturaleza intrínsecamente conflictual de la imitación, Krastev y Holmes enfocan, con una luz completamente diferente, los procesos de democratización que se desatan con la caída del muro de Berlín y su posterior desenlace en decepción y nuevos resentimientos, como los expresados en el comunitarismo intolerante de los populismos europeos que han puesto en el poder a figuras como Viktor Orbán en Hungría, Kaczynski en Polonia y Erdogan en Turquía. El resentimiento contra un mundo cosmopolita que le extendía una invitación a los países del este para luego no dejarlos entrar, encuentra un aliado en Donald Trump y su rechazo categórico a la imagen de nación modelo que Estados Unidos se había formado. Su intuición de que la americanización de las otras naciones sería nociva para Estados Unidos representa, según estos autores, un movimiento de las placas

---

<sup>7</sup> *The Light That Failed. Why the West is Losing the Fight for Democracy*, Pegasus Books, 2020.



tectónicas. Este trabajo de Krastev y Holmes aporta en la dirección de profundizar el análisis sobre el tipo particular de resentimiento que movilizan los populismos en las autocracias contemporáneas y las conspiraciones del tipo QAnon.

Asumir los retos actuales del conspiracionismo requiere precisar su carácter contemporáneo de modo que se pueda subrayar su singularidad y novedad respecto de las formas de propaganda y conspiracionismo conocidas en el siglo XX. La especificidad del *modus operandi* de QAnon al compararlo con el antisemitismo nazi, por un lado, y el macartismo, por otro, permitiría delinear mejor los rasgos que hoy adopta la amenaza que enfrenta la democracia.

Finalmente, sobre el llamado *cancel culture*, habría que reconocer que hoy se expresa tanto a la izquierda, con las políticas identitarias o "wokismo", como a la derecha, cada vez que ésta corre a colocarle el epíteto de "woke" a cualquier crítica, protesta o argumento. Con ello se neutraliza de antemano toda disposición a la discusión o al debate. He ahí entonces otro síntoma de la inoperancia del lenguaje signifiante: una modalidad de nominación que anula el trabajo de la negatividad al interior de la palabra, haciendo que, en cada momento, signifique todo y su contrario. El signifiante se desliza infinitamente sin que se produzca lo que Lacan llamaba el *punto de capitón*; un detenimiento del deslizamiento incesante de los significantes que operaba el sujeto (o que, también cabría decir, operaba al sujeto). El proceso de producción de significación queda ahora desactivado, y no solamente suspendido. Pues la suspensión del proceso de significación ya había sido atendida por el giro lingüístico. No obstante, su desactivación constituye la novedad que nos tocaría ahora descifrar.<sup>8</sup> La palabra que puede significar todo y su

---

<sup>8</sup> En un trabajo previo, exploré este pasaje de la suspensión a la desactivación partiendo de las reflexiones de Maurice Blanchot, Gilles Deleuze, Jacques Derrida y Giorgio Agamben en torno al cuento de Herman Melville, *Bartleby, el escribiente* para subrayar la diferencia con la situación actual. Ver, si se quiere, *Del "I'd prefer not to" al "whatever"*, Revista 80grados, septiembre 2016 (<https://www.80grados.net/del-id-prefer-not-to-al-whatever/>)



contrario es también la palabra que no significa nada en particular. Este triunfo de la palabra asemántica constituye el tercer gran reto que enfrenta la democracia; aunque, esta vez, por la vía del *cancel culture*. Se trata, en resumen, de una cultura de la cancelación que parece estar perpetrando, al mismo tiempo, la cancelación de la cultura. Las consecuencias de esto rebasan lo político e impactan ahora las condiciones mismas de posibilidad de todo proyecto civilizacional. La disrupción es, pues, no solamente política, sino fundamentalmente antropológica.

(octubre, 2020)